

en esa hoguera iluminó su inteligencia un «querer», del que entra lentamente en conciencia, un querer que se agiganta y crece con los acontecimientos, una inmensa energía psíquica jamás inferior á su obra, una energía inmensa en la que se funden, como en crisol incandescente, mezquindades, egoísmos, ambiciones, debilidades, todo lo que es humano, todo lo que ancla al hombre á la tierra en su aleteo perpetuo hacia un ideal. Tal ha sido la voluntad de esos hombres; por eso dan enseñanza; por eso, grabando bien su efigie moral en el intelecto de los que vienen, de los que suben, de los que aquí están ya y de los que en apretada falange vienen tras ellos, se les proporciona la enseñanza típica, la que acrecienta la fuerza viril del alma.

¶ Juárez nació, puede decirse, de una raza; porque nada había de él que no estuviera física y moralmente en su raza, nada que lo diferenciara de sus congéneres; es un hijo de la familia tzapoteca. Vagar en pos del rebaño, á orillas del lago, entre los naranjales, haciendo resonar pequeñas arpas melancólicas formadas por él mismo, ésta fué su vida; ésa era la de todos los pastorcillos de las sierras oajaqueñas. Su fuga á Oajaca por temor de un castigo, por aspiración á una vida superior, fué el primer acto que le probó que era un hombre, que era una voluntad, que era un rebelde.

¶ La Iglesia lo acogió, lo enquistó en ella, bondadosa, rutinera, sin poesía apenas, sin ensueños; la vaga ansiedad del cielo y el deseo firme de saber qué decían los libros de su protector, era lo que daba á aquel niño cuenta de sí mismo; pero el fondo de su alma, que por la iniciación en una lengua nueva y en formas menos inferiores del culto destacaba ya su individualidad propia de la personalidad colectiva de su raza, permanecía siendo lo que siempre será un indio, un ser religioso. Era un adolescente cuando tuvo su primer contacto íntimo con el idioma español y con los libros; idioma y libros lo unían más y más con el altar. Su protector, del altar vivía y al pie del altar murió; todo un infinito de devoción, de esperanzas, de sumisión y de fe envolvía el alma de aquel niño, como á un átomo la inmensidad de la nébula cósmica.

¶ Juárez fué siempre religioso; cuando llegó á emanciparse, la Patria, el Deber, la lucha por realizar un ideal de justicia y de razón no fueron en él un fanatismo, no; no fué ni un alucinado, ni un profeta, fué un consciente, pero tomaron en su espíritu la forma de un mandato superior, de la obediencia á un decreto del Altísimo; y así han sido y serán cuantos sirvan de núcleo ó de guía á los hombres. Juárez fué un núcleo; pero puso todos los elementos constitutivos de la psicología de su raza, la astucia, el recelo, el tesón, la reflexión lenta, pero firme y decisiva, en la realización de la obra que cada vez tomaba ante él aspecto más complicado y grandioso, ensanchando el horizonte del convento hasta convertirlo en el del Seminario, y el horizonte del Seminario hasta esfumarlo y perderlo en el del Instituto, en el del Estado, en el de la Patria, en el de los grandes ideales de libertad, de transformación política y social que dieron á su empeño el alcance de una empresa humanitaria y mundial.

¶ El acto decisivo en esta vida silenciosa y fuerte, nutrida toda de ideas simples y grandes, fué el paso del Seminario al Instituto, que pronto llegó á ser una es-

cuela de «libertad», por sólo la circunstancia de ser una escuela de «derecho»: el Instituto de Oajaca fué una de las cepas del partido del progreso, como la apellidaba el Dr. Mora, y preparóse en él rápidamente la evolución interna de Juárez: las ideas nuevas sugeridas por sus lecturas y sus amigos, entraban dentro del molde secular de su alma, y lo que perdían en amplitud lo ganaban en precisión y solidez; las fórmulas del gobierno libre que desde entonces estudió y defendió como verdades divinas, no oxidaban el inalterable hierro de sus creencias religiosas ciertamente, pero los componentes de la disolución futura se aglomeraban lentos, incontrastables. Si la pérdida de la obediencia á centenares de años de tradición y autoridad ha sido siempre en los hombres de reflexión reñidísima batalla, en la conciencia de un individuo de la raza que la Iglesia había hecho suya, en una de esas conciencias donde, sobre el granito de las sagradas enseñanzas, se había erigido, molécula por molécula, el edificio de la fe, ¡cuán desgarradora y patética tragedia íntima debió de ser esa que precedía al acto de abandonar el templo, de mirar de hito en hito los soberbios muros que cobijaban las leyendas de la infancia, que se enredaban como hiedras de flores luminosas en las ménsulas, en los festones, en las columnillas gráciles de los altares de oro; allí donde habían batido sus alas los primeros éxtasis y en las horas de dolor habían enjugado manos misteriosas las lágrimas primeras! ¡Cómo abandonar todo eso, cómo arrojar sobre todo eso una torva mirada de desafío y de cólera! ¡Cómo atreverse á levantar del suelo la piqueta demoledora y alzar el brazo y descargar el golpe sobre aquel edificio inmenso que vibraba todo, que vivía, que lloraba...!

¶ Para Juárez no hubo, sin duda, en su tragedia esta lucha entre la aspiración á un mundo que se ensueña y la poesía del mundo religioso, que no es más que una infinita cristalización de ensueños, no; para él la lucha fué entre dos deberes; midió, pesó y lentamente se decidió; se decidió una sola vez, sin un suspiro, sin un paso atrás: «¡el gran impasible!»

¶ Cuando muerto el federalismo que hacía tanto tiempo agonizaba, después de ensayos constitucionales, subrayados con sangre, por la segregación de Tejas y Yucatán, un centralismo que era el paso liberal hacia una situación federalista fué instituido por las «Bases Orgánicas», Juárez creyó necesario aceptar un puesto político importante en su estado natal; la política es el arte de transigir, ha dicho Gambetta, con tal de realizar siempre un punto del ideal perseguido; la primera dictadura de Santa Anna, con la que contemporizaron tantos liberales cegados por sus propias ilusiones respecto de aquel hombre que parecía siempre dispuesto á salvar á su país, que dejaba cada vez más hundido en el abismo, exigió de las conciencias honradas más de lo que éstas, entre ellas la de Juárez, debían haber consentido, y aunque la impureza queda consumida por el fuego en que se acrisoló el bronce definitivo del gran repúblico, basta para

mostrar que no hay dioses ni semidioses : no hay más que Dios — fuera de todo nuestro alcance — y hombres; de un hombre hablamos.

¶ En los días negros de la invasión americana ese hombre hizo su deber. La Reforma entera se basaba, no sobre el desarme del ejército, sino sobre el desarme del clero, privándolo de sus inmensas propiedades; era ésta no sólo una capitalísima medida económica, sino política; así, la resistencia á los grandes pensamientos de igualdad con la abolición de los fueros, á la supremacía del poder civil por medio de la separación entre la Iglesia y el Estado, y á la conquista de la educación pública suprimiendo las comunidades religiosas, sería fácil de vencer y seguro el triunfo, porque faltaría al enemigo el alma de los combates.

Esto jamás pudo hacerse por simples razones económicas, y eran las fundamentales; por eso fracasó el intento del grupo inteligente y audaz que promovió la reforma en 33 con Gómez Farfás. Pero en 47, un interés supremo nacional se complicaba con los propósitos del partido que entonces se llamó «puro» y en el que se afilió Juárez; era necesario proceder como políticos y no como místicos; el reflexivo tzapoteca no fué nunca de la madera de éstos. Altos, altísimos fueron sus ideales, pero para ir á ellos no desdeñó ni las curvas ni los compromisos. El santanismo de los hombres de aquella época se explica por el convencimiento profundo de que para despojar al clero del dinero con que la Patria podía salvar su honra, ya que quizás no su vida, precisaba contar con el ejército, y no había oportunidad mejor que aquella en que el dinero substraído á la Iglesia iría todo al ejército.

Santa Anna era el ejército; ni el pueblo ni el ejército podían sacudir la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ellos; tras de mil veleidades de divorcio volvían á él, lo odiaban un momento y lo adoraban siempre; la República para aquel seductor era una querida; la dejó manchada. Gómez Farfás, el ilustre, integérrimo patriarca de los reformadores, era el primer santanista entonces; y lo fué Juárez, pero por la vez postrera. Cuando después de la reacción promovida por la guardia nacional en Méjico en los instantes en que Veracruz sucumbía y Santa Anna, que había querido abrirse paso hacia el Norte á través de Taylor, volvía en tropel de la Angostura vencido, más por la impericia que por el invasor, desconoció sus compromisos y pactó descaradamente con los agentes del clero suprimiendo á Gómez Farfás, la suprema revelación se hizo en Juárez; la incógnita quedó despejada de súbito; aquel hombre, que había sido una esperanza porque había sido un enigma, quedó explicado para la conciencia del antiguo secretario del general santanista León; era un ambicioso, un ambicioso capaz de arrastrar en pos de sí á un pueblo, cierto, pero sin una idea, sin un ideal; la Patria, reflejando su luz sobre esa ambición, le dió alguna vez esplendores de oro en Tampico, en Veracruz...; pero fueron fulguraciones momentáneas; el ambicioso era lo solo persistente, lo solo primitivo; no tenía arre-

pentimientos, sino lasitudes; sus accesos de patriotismo se desleían en accesos de sibaritismo. Este tipo ha cruzado frecuentemente la historia : en la decadencia de la república romana se llamó Sila.

Juárez en Oajaca fué un ambicioso también; ni se hace nada grande sin la ambición de hacer algo grande, ni para realizar esto hay medio mejor que el poder. Juárez, en medio de dificultades é intrigas oscuras, se dió bien cuenta de lo que quería con sorda é incontrastable energía; quiso el poder en Oajaca y lo obtuvo. Y fué un gran gobernante en un pequeño gobierno; administró bien, bien en toda la extensión de la palabra. Procuró cuanto pudo por el Estado, llevando por norma el respeto estricto á la ley, y cuanto pudo por su patria, secundando las miras de los buenos gobernantes que tuvo Méjico entonces; una federación no sólo de derecho, sino de hecho, dejando á los Estados toda su libertad, libertad empleada por los Estados en facilitar la tarea del Gobierno central, tal fué el «desiderátum» de los excelentes federalistas de aquella época, que parecía la preparación de una era de paz y que sólo fué el preámbulo de una larga y pavorosa tragedia civil.

¶ La conjuración de todos los malos elementos que los períodos de militarismo y corrupción habían dejado, dió al traste con aquellas bonancibles perspectivas, y el partido conservador, que parecía destronado para siempre con la asonada de pretorianos y de clérigos que hizo pasar por los salones presidenciales al general Paredes, reapareció, organizado para el combate decisivo, por la prócer inteligencia de Alamán. Santa Anna complicó el programa conservador con su desapoderada dictadura, vió al país como cosa suya, se propuso mejorarlo materialmente y despojarlo definitivamente, erigió la fuerza militar en institución suprema, y, dueño de un ejército gigantesco, creyó suyo el porvenir. Ni los mismos que hacen el porvenir pueden conocerlo. ¡Si Santa Anna hubiese entonces conocido el porvenir de Santa Anna! ¡Tan desolado y triste, que se aflojan, al considerarlo, las manos que empuñan la espada de la justicia!

¶ El dictador necesitó desarmar á los partidarios de la ley, cualquiera que fuese; de una Constitución, fuese cual fuere; de una regla, hasta de una regla de conducta política; nada, el silencio, para oír bien las salvas y los TEDÉUM. Y la proscripción : Juárez y Ocampo, aquél personalmente odioso al dictador porque le había negado con mucha cordura la entrada á Oajaca en momentos en que todo el derecho del individuo cede á una magna necesidad precomunal, y á Ocampo por liberal absoluto, porque conocía el odio ingénito en el preclaro michoacano á todo despotismo, en cualquiera de sus formas, religiosa, moral, política, social.

¶ En derredor de Ocampo y Juárez, un grupo de liberales conspicuos se organizó en los Estados Unidos, viviendo de su trabajo personal, de trabajos humildísimos á veces; pobre, pero millonario de esperanza y de fe.

¶ Un historiador, diremos mejor, un censor de Juárez, estupendo de talento y elocuencia, pero que suele ser incapaz de ver nada sino á través de los cristales turbios de la pasión y que ha intentado hacer con Juárez lo mismo que Alamán hizo con Hidalgo, ha marcado bien la influencia decisiva que tuvo en el ánimo de Juárez su contacto personal con Ocampo.